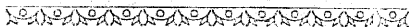


BIBLIOTECA CATÓLICO-PROPAGANDISTA
PAMPLONA.



EL DEVOTO

DE LA

SAGRADA EUCARISTÍA

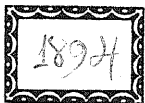
Ó SEA

*Práctica para hacer la vela ante
el S^{mo}. Sacramento,*

ARREGLADO

POR UN SACERDOTE DE ESTA DIÓCESIS.

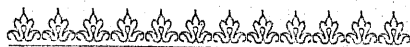
LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.



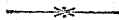
PAMPLONA.

IMP. Y LIB. DE JOAQUIN LORDA.

1894.



INTRODUCCIÓN.



El culto de la Sagrada Eucaristía ha sido en todo tiempo el objeto de la más tierna y diligente solicitud por parte de la Iglesia, ha formado las delicias de las almas justas, y es, á la vez que la manifestación exterior, uno de los más firmes apoyos de la fé y moralidad del pueblo cristiano.

Hé ahí la razón, por que los varones más celosos por la gloria de Dios, y más solícitos por el bien espiritual de sus hermanos, han trabajado incesantemente por mantener y fomentar entre el pueblo fiel la devoción á Jesu-

cristo oculto en el adorable Sacramento de los altares.

Así lo hizo el dignísimo Prelado de esta diócesis, el Excmo. é Illmo. Sr. Dr. D. Severo Andriani, de feliz memoria, quien llevado de su amor ardiente á Jesucristo y del más vivo deseo de procurar la salvación de sus diocesanos, concibió el proyecto de instituir en esta ciudad la Asociación de la vela y oración continua ante el SSmo. Sacramento, que con los más felices resultados se venía estableciendo en otras capitales.

Para llevar á cabo tan santa empresa dirigió el Reverendísimo Prelado su autorizada palabra, y desde la cátedra del Espíritu Santo manifestó á sus hijos cuánto deseaba que, ya que no podía ser en todas las Iglesias, á lo menos en una hubiese de continuo algunos que velasen é hiciesen oración ante el SSmo. Sacramento, adorando á nuestro amantísimo Redentor y pidiéndole gracias.

La ciudad de Pamplona respondió fielmente á la voz de su Pastor. «Si bien esperábamos mucho de la piedad de la mayor parte de los fieles,» son sus palabras, «no creímos que nuestros deseos tuvieran tan favorable acogida.» Abierto el libro de inscripción en la Secretaría de cámara del Obispado, se vió con la mayor satisfacción que multitud de fieles se apresuraron á dar sus nombres á la Asociación, hasta el punto de que en un corto espacio de tiempo se formaron cuatro órdenes de coros; lo que obligó al Prelado á dar desde luego un reglamento, bien que no fué mas que provisional.

La erección tuvo lugar el día 15 de Septiembre de 1856. Acto continuo procedió S. E. Illma. á organizar una Junta consultiva compuesta de varios Sres. Sacerdotes distinguidos de la ciudad y de algunos seglares, todos los cuales se prestaron gustosos á coadyuvar en tan Santa Obra.

Por fin llegó el día de la instalación solemne de la Asociación. Esta tuvo lugar el día 5 de Octubre del mismo año en la Capilla de nuestra Señora del Camino. Con este motivo se celebró una solemne función con exposición de S. D. M., Tercia, Misa cantada por la Capilla de música de la Santa Iglesia Catedral y Sermón, terminándose con un solemne Te-Deum. A todos estos actos asistió el Reverendísimo Prelado vestido de capa-magna.

Desde aquel momento los asociados rivalizaron en la puntual asistencia á velar ante S. D. M. siguiendo el ejemplo de su Pastor, quien, habiendo elegido para prestar este homenaje á Jesucristo Sacramentado los lunes de once y media á doce, no se dispensó de hacerlo personalmente con la mayor constancia mientras se lo permitió el estado de su salud ya quebrantada por los años, por sus tareas apostólicas y también por las amargu-

ras, que tuvo que devorar durante su largo y penoso pontificado.

La Asociación de la vela y oración continua adquirió un grado de desarrollo tal, que, ya por el número de sus individuos, ya por la frecuencia de sus funciones, y ya por la grandiosidad del culto que en ellas desplegaba, llegó muy en breve á ponerse á la cabeza de las demás piadosas instituciones de la misma índole fundadas anteriormente en esta ciudad.

Bien es cierto que, como toda obra humana, no ha podido sustraerse á la influencia del tiempo y diversas vicisitudes; pero también lo es que á no decrecer el movimiento de reacción iniciado algún tiempo há entre los fervientes católicos de Pamplona en favor de esta Asociación, puede esperarse con fundamento se la vea recobrar su primitivo esplendor.

Con este objeto y el de facilitar á las personas no versadas

en el santo ejercicio de la meditación el medio de emplear utilmente la media hora de vela ante S. D. M., se ha dispuesto la serie de oraciones y consideraciones, tomadas de San Alfonso María de Ligorio y otros piadosos autores, que se consignan en este librito, el cual sale á luz por cuenta de la Biblioteca Católico-Propagandista de Pamplona.

Además, dicha Biblioteca se propone con esto dar cumplimiento á una de las conclusiones aprobadas por el Congreso Eucarístico de Valencia celebrado el año próximo pasado, que dice así:

«Se recomienda á los centros y asociaciones encargados de la propaganda de buenas lecturas, la publicación de una hoja, en la cual con sencillez y claridad, se explique en qué consiste la *Comunión espiritual* y cuáles son sus excelencias, recomendando la visita diaria al Santísimo Sacramento, el modo práctico de

hacerla y terminarla con este provechoso ejercicio.»

Que todo ceda para gloria de Dios, honor y veneración de la Sagrada Eucaristía y provecho de las almas.



MOTIVOS

PARA VISITAR

Á JESUCRISTO SACRAMENTADO.

—o—

1.º Si antes de la venida del Salvador al mundo, en aquellos siglos, cuando el Señor se nombraba el Dios de las venganzas, se hubiera dicho á los hombres que este Dios tan terrible se humillaría hasta hacerse hombre por amor de los hombres, y que después que fuese muerto por ellos, estaría haciendo continuamente el mayor de los milagros para estar con ellos hasta el fin de los siglos ¿hubieran podido por ventura creerlo?

2.º Pues otra cosa, que está sucediendo, les sería aún más increíble. ¿Podrían ellos ni imaginar que, humillándose Dios por amor de los hom-

bres, rehusarían estos el visitarle? Pues esto es lo que sucede. Hay gran número de cristianos, dignos de que el Salvador les hiciera la pregunta que dirigió en otro tiempo: "Cuando el Hijo del Hombre viniere ¿pensais vosotros que hallará fé sobre la tierra?," Y si esta fé no está muerta ¿no es mayor prodigio el creer la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, y no tener para su Majestad más reconocimiento que si nó creyésemos que estaba allí?

3.º La urbanidad, la amistad, el agradecimiento, el interés son ordinariamente los motivos que obligan á los hombres á hacer sus visitas. ¿Dónde está nuestra fé? ¿Jesús no es de una jerarquía bastante elevada para merecer que se le visite? ¿no hemos recibido de Él algún beneficio? ¿no podemos esperar de Él algún nuevo favor? Pues de Él depende nuestra felicidad ó infelicidad eterna, ¿no podremos interesar algo en ganarle la voluntad?

4.º ¿Qué se diría de un hombre que no visitase sino rara vez á una persona de la primera calidad y mérito, que solo había venido de tierras muy remotas para hacerle algún favor, y que no se detenía en un país extraño sino por su amor? Pues ¿por qué

Jesucristo está día y noche en nuestros altares, sino porque sus delicias son el estar con los hijos de los hombres?

5.º Sobra tiempo para gastar muchas horas del día en divertimientos vanos, y, si se quiere hacer una visita á Jesucristo, luego se ofrecen quehaceres y apenas hay ocasión oportuna para hacerlo.

6.º Se han visto muchos cristianos que andaban 200 leguas para adorar á Jesucristo en alguna iglesia. ¿Qué responderán en el día del juicio tantos cristianos, que, no costándoles más que un paso, muchas veces el adorar á Jesucristo, se les pasan dias enteros sin visitarle?

7.º Si fuera tan facil el entrar en los palacios de los grandes y el acercarse á sus personas como lo es el entrar en las iglesias, ¿cuántos se tendrían por muy dichosos? Y, pudiendo con tanta facilidad acercarnos á todas horas á la adorable persona de Jesucristo, parece que en nada estimamos esta dicha.

6-30-2

ADVERTENCIAS

para hacer con fruto las
visitas al SSmo.

1.ª Jamás hemos de entrar en la iglesia que no sea con gran modestia, ni estar en ella sino con profundo respeto, acompañado de afectos de gratitud, confianza y amor; como suelen estar los que visitan el pesebre en que nació Jesucristo, el lugar en que espiró, el sepulcro en que fué depositado su sacratísimo cuerpo.

2.ª El amor á Jesús debe ser como el alma de nuestras oraciones: por eso jamás debe olvidarse el honrar y adorar de un modo especial al Sagrado Corazón de Jesús todas las veces que se visitare al SSmo. Sacramento.

3.ª Ordinariamente es más provechoso meditar mucho y rezar poco: en este género de visitas, esto agrada á Jesús más que muchas oraciones vocales rezadas precipitadamente, y muchas veces sin atención.

4.ª Una de las causas de que saquemos tan poco fruto de estas visitas es porque no las hacemos con la fran-

queza, sencillez y confianza que Jesús quiere en nosotros: todo el tiempo empleamos en ciertos ejercicios de devoción, en los que tienen más parte el entendimiento y la lengua que el corazón. Descubramos sencillamente á Jesús nuestras necesidades: digámonle, unas veces como las hermanas de Lázaro, “Señor, aquel á quien amais, está enfermo:”, otras, como el leproso, “Señor, vos podeis curarme, si quereis:”, otras, hagamos cuenta que estamos á sus piés como la Magdalena: otras, como la Cananea; “Jesús, Hijo de David, tened misericordia de mí.”

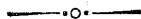
5.^a Se puede emplear provechosamente este tiempo haciendo actos de fé, adoración, agradecimiento, amor, etcétera.

6.^a Conviene sacar alguna buena resolución en orden á la reforma de nuestras costumbres, que haya de reducirse cuanto antes á la práctica.

7.^a Ese tiempo es muy á propósito para hacer la comunión espiritual, de que se hablará después.

8.^a Por último, no debe uno retirarse de la presencia de Jesucristo sacramentado sin darle las gracias por haber tenido la dicha de visitarle, y sin dejar allí depositado su corazón.

COMUNIÓN ESPIRITUAL.



QUÉ ES.—La comunión espiritual no consiste, según algunos creen, en imaginarse que se acercan á la sagrada Mesa y que allí reciben la sagrada hostia de mano del Sacerdote. Esta fantástica representación, en primer lugar no es facil para toda clase de personas; y en segundo lugar tiene la desventaja de que, si no es tan viva como fuera de desear, á una con ella se amortiguan y secan los afectos piadosos del corazón, de los cuales depende casi en su totalidad el fruto de este santo ejercicio. La comunión espiritual es un piadoso deseo de recibir la Sagrada Eucaristía, cuando no se la puede recibir real y verdaderamente; ó, como dice el Angélico Doctor Santo Tomás, entonces sucede que alguno come espiritualmente á Jesucristo cubierto con las especies sacramentales, cuando cree en Jesucristo con deseo de recibirle en este Sacramento.

SUS VENTAJAS.—Estas son mayores de lo que muchos creen: porque, si Dios nuestro Señor premia hasta el

simple deseo de practicar una virtud cualquiera, ¿cuánto más premiará el vivo deseo de poseerlo? Las utilidades que el alma reporta de la comunión espiritual, son semejantes á las que reporta de la comunión real y verdadera; y, si los deseos de recibir á Jesucristo son vivísimos, la comunión espiritual será tal vez más fructuosa para el alma, y más agradable á S. D. M. que la verificada sacramentalmente, si esta se recibiera con menos fervor. Varios son los sucesos, que la Historia eclesiástica nos refiere, con los que se demuestra lo agradable que es al Señor la comunión espiritual; pero, aunque nada nos digese la historia sobre este punto, bástanos saber que el Santo Concilio de Trento alaba su uso y exhorta á los fieles á tan piadosa práctica. “Quien desee sacar mucho fruto de la comunión sacramental,” decía el B. Pedro Fabro, “reciba con frecuencia á Jesucristo espiritualmente.”

SU FACILIDAD.—La comunión espiritual, sobre ser tan útil y recomendable, es muy fácil en la práctica: se puede hacer sin que nadie lo advierta, sin estar en ayunas; en cualquier lugar, en cualquier hora del día, y aun sin licencia del Director, pues esencial-

mente, como luego se dirá, no consiste más que en un acto de amor.

TIEMPO EN QUE CONVIENE HACERLA.—La comunión espiritual puede hacerse á cualquier hora y muchas veces cada día; esto no obstante, conviene hacerla una ó dos veces al día despacio, con pausa, con una preparación especial para que sea más devota y provechosa y de alguna manera compense los efectos de la comunión sacramental: una vez cuando se asiste al santo sacrificio de la Misa; otra vez cuando se visita á N. S. J. C. sacramentado.

SU PRÁCTICA.—Para hacerla con fruto deben practicarse los actos siguientes: 1.º de contricción para purificar la morada del corazón, en que deseamos recibir á Jesucristo. 2.º de fé, creyendo firmísimamente la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía: 3.º de humildad, considerando por una parte la grandeza de Jesucristo y por otra nuestra bajeza y pequeñez: 4.º de amor á un Dios, que nos ha amado hasta el extremo de hacerse nuestro alimento: 5.º de deseo: viendo que en aquel momento no nos es permitido acercarnos á la Sagrada Mesa, á lo menos concibamos un vivo deseo de recibir á Jesús, de unirnos con Él, pi-

diéndole con gran confianza se digne concedernos aquella abundancia de gracias y dones, que nos concedería si le recibiéramos sacramentalmente: 6.º de ofrecimiento consagrándole cuanto tenemos y somos: 7.º de acción de gracias; pues si Jesús no ha venido real y verdaderamente á nosotros, no por eso ha dejado de comunicarnos sus dones á medida de nuestros deseos.



PRÁCTICA

PARA TENER MEDIA HORA DE ORACIÓN
DELANTE DEL SSMO. SACRAMENTO. (1)

ACTO DE PREPARACIÓN.

Señor mio Jesucristo, que por el amor que teneis á los hombres estais de noche y de día en ese Sacramento, todo lleno de piedad y de amor, esperando, llamando y recibiendo á todos los que vienen á visitaros, yo creo que estais presente en el Sacramento del Altar; os adoro desde el abismo de mi nada, y os doy gracias por todas las mercedes, que me habeis hecho, y especialmente por haberme dado en este Sacramento vuestro cuerpo, vuestra sangre, vuestra alma y vuestra di-

(1) Léanse estos actos con mucha pausa y devoción.

vinidad; por haberme concedido por mi abogada á vuestra santísima Madre la Virgen María, y por haberme ahora llamado á visitaros en este lugar santo.—Jesús mio, adoro á vuestro amantísimo Corazón, y deseo ahora adorarlo por tres fines; el primero en agradecimiento de esta tan grande dádiva; el segundo para desagraviaros de todas las injurias, que habeis recibido de vuestros enemigos en ese Sacramento: y el tercero porque deseo en esta visita adoraros en todos los lugares de la tierra, donde estais sacramentado, con menos culto y más abandono.

Jesús mio! os amo con todo mi corazón: pésame de haber tantas veces ofendido en lo pasado á vuestra infinita bondad; propongo, ayudado de vuestra gracia, enmendarme en lo venidero; y ahora, así miserable como soy, me consagro todo á Vos, y os entrego y resigno en vuestras manos mi voluntad, mis afectos, mis deseos y todas mis cosas. De hoy en adelante haced, Señor, de mí todo lo que os agrade; lo que yo quiero y lo que os pido es vuestro santo amor, la perfecta obediencia á vuestra santísima voluntad y la perseverancia final.—Os recomiendo las almas del Purgatorio, especialmente las más devotas del San-

tísimo Sacramento y de María Santísima, y os ruego también por todos los pobres pecadores.—En fin, mi amado Salvador, deseo unir todos mis afectos con los de vuestro amorosísimo Corazón; y así unidos, los ofrezco á vuestro Eterno Padre, y le pido en vuestro nombre, que por vuestro amor los oiga y reciba. Amen.

ACTO DE FÉ.

Soberano Señor Sacramentado: dulcemente atraído de las finezas encantadoras de ese SSmo. Sacramento, y el más indigno de sus esclavos, no obstante de ser un miserabilísimo pecador, me he atrevido á pisar los umbrales de esta casa santa, y á presentarme ante ese sagrado tabernáculo, afortunado lugar de vuestra morada entre los hombres.—¡Qué bondad la vuestra ¡oh Dios de misericordia! Aquí estais, dulce amor mio, en esa hostia sagrada: en ella os ven mis ojos, nó los ojos de la carne, que son falibles, sino los ojos de la fé, que no me pueden engañar.

Yo te alabo y te doy gracias ¡oh fé santa! pues me revelas y aseguras que en el divino Sacramento del altar, en ese Pan celestial, no hay pan, sino que ahí está mi Señor Jesucristo todo entero, y que está ahí por mi amor.

Sí, Señor mío y todo mi bien, creo que estais presente en el SSmo. Sacramento; y, aunque seais desconocido á los ojos de la carne, os reconozco con la luz de la fé en esa Hostia consagrada por Monarca del cielo y de la tierra y por Salvador del mundo.

Creo firmemente que Vos sois el mismo Dios, que con la eficacia de su palabra ha dado el ser á todas las cosas: el mismo Dios, que con su mirada hace temblar la tierra, toca los montes y humean: el mismo Dios, á cuya vista se derriten los montes como cera.—Creo firmemente que Vos sois el mismo, á quien, aparecido en el mundo, adoraron los Angeles: el mismo, á quien, en figura de un niño, veneraron María y José, los pastores y los Magos: el mismo que, manso y humilde de corazón, pasaste por la tierra haciendo bien; que, muerto por nosotros, resucitaste; que subiste á los cielos por tu propia virtud, y allí te sientas glorioso á la diestra de Dios Padre.

¡Oh! Y ¡qué dicha tan grande fuera

la mía si derramara mi sangre por confesar y defender la verdad de este misterio, por el cual Vos, amabilísimo Jesús, nos habeis dado á conocer la grandeza del amor que nos teneis!

—*Alabado sea el SSmo. Sacramento del Altar.*

—*Por siempre sea alabado.*

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

ACTO DE ADORACIÓN.

Después de haber reconocido, alma mía, á tu Dios y Salvador con la luz de la fé en la Sagrada Eucaristía ¿dejarás de tributarle el homenaje de tus respetos y adoraciones?—¡Ah! Nó, no es posible creer en Jesucristo sin adorarle. Los pastores, los Magos, la Gananea, el ciego de nacimiento, la Magdalena, cuantos durante su vida mortal le reconocieron Hijo de Dios, cuantos movidos de la fé esperaron de Él la salud ó el perdón, cuantos quisieron testificarle su amor y gratitud, le adoraron.

Vengamos, pues, á la presencia de Jesucristo, adorémosle, prosternémo-

nos ante Él, rindámosle humildemente nuestros homenajes.

Pero, alma mía, ¿qué es lo que haces? ¿eres acaso tú digna de comparecer á la presencia de tu mismo Dios? ¡Ah! Isafas le vió sentado en un tronó excelso y elevado, y quedó sorprendido á vista de aquella tremenda Majestad. Los ángeles allá en el cielo se postran ante Él, y hasta los más encumbrados Serafines cubren con las alas su rostro porque no se atreven á mirarle. Y tú, ¿no te llenarás de un santo pavor? Baja confusa tus ojos, vilísima criatura; abímate profundamente ante tu Dios y Señor, que no eres digna ni de mirar siquiera ese tabernáculo sagrado donde reside.

Penetradme, gran Dios, de estos sentimientos de humildad, y haced que yo sepa anonadarme en vuestra presencia.

¡Oh Dios y Señor de infinita majestad, Santo de los Santos, que tan maravillosa y amigablemente estás escondido en ese Sacramento! Yo te adoro y te venero con toda reverencia.

Humillado en cuerpo y alma en tu presencia, confieso delante de los cielos y de la tierra que tú eres mi Dios y mi Salvador, y te tributo el culto supremo debido á tu adorable majes-

tad. Te ofrezco asimismo las adoraciones, los homenajes, los honores, los obsequios todos que te tributan los ángeles, los Santos y toda la Iglesia. Y ¡ojalá que todos los hombres te conocieran, te adoraran y te consagrasen respeto y reverencia! Pero porque son muchos los que te vuelven las espaldas, yo te adoro y te venero por todos, uniéndome á los ángeles y los Santos, y á todas las almas fieles; y deseo suplir de esta manera el defecto de las almas infeles.

—*Alabado sea el SSmo. Sacramento del altar.*

—*Por siempre sea alabado.*

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

ACTO DE AGRADECIMIENTO.

¡Ah Salvador mío sacramentado! ¡Cuán admirables son las industrias de vuestro amor, para conseguir que las almas os amen! ¡O Verbo eterno! ¡no bastó á vuestra ardiente caridad el haceros hombre y morir por nosotros; sino que, para satisfacer vuestro amor, quisisteis también quedaros en ese Sacramento, para servirnos de

compañía, de alimento y de prenda de la eterna gloria!—Aparecisteis entre nosotros, ya en figura de niño en el pesebre, ya de pobre artesano en un humilde taller, ya como reo clavado en una cruz; y apareceis ahora todos los días en nuestros altares bajo las especies de pan. ¿Qué más, Señor, podías inventar para haceros amar de los hombres?

¿Y no bastaba que os quedaseis en ese Sacramento de día, cuando podíais tener adoradores que os hiciesen compañía, sino que quisisteis quedaros también de noche, cuando los hombres salen de las iglesias, y se retiran á sus casas dejándoos solo?

¿Y no sabíais á cuántos desprecios os exponíais en ese divino Sacramento? ¿Y no veíais que una gran parte de los hombres no os adorarían, ni os querrían reconocer por lo que sois en ese Sacramento?—¿No sabíais que muchas veces esos mismos hombres llegarían á pisar las sagradas hostias, á arrojarlas por tierra, á echarlas en el agua, en el fuego y hasta en los lugares más inmundos?—¿No veíais, Dios mío, que gran parte de los mismos cristianos, en vez de reparar tantos ultrajes con sus adoraciones, no vendrían á las iglesias sino para

profanarlas con sus irreverencias, que os dejarían solo y abandonado, en altares desprovistos, á veces, hasta de luces y de los ornamentos más preciosos?

Mas ya lo entiendo, Señor; el amor infinitamente grande, que teneis á los hombres, ese es el motivo que os obliga á permanecer continuamente en medio de tantos ingratos.

¡Ah Dios mío, Rey mío y Señor mío! Razón tenía el Profeta para esclamar: “hablen todos los mortales y clamen por todo el mundo, publicando á todos los excesos de amor y las amorosas invenciones con que nos trata nuestro buen Dios.”—¡Quién me diera que todos mis miembros se convirtieran en lenguas para alabar y agradecer las finezas de vuestra bondad en ese augusto Sacramento!

Aunque tuviese las lenguas de todas las criaturas y os hablase con todas ellas; aunque tuviese el corazón de todos los hombres y os amase con todos ellos: Más todavía: aunque los mismos ángeles que aquí os rodean me prestasen sus afectos, ni aun así os pudiera demostrar el agradecimiento que merece vuestro amor.—¿Pero no será justo, dulce amor mío, que este vuestro siervo haga á lo menos

lo que pueda para corresponder á tantas finezas?

Sí, Jesús mío; en testimonio de mi más profunda gratitud hacia Vos, recibid el deseo que tengo de permanecer, si me fuera posible, día y noche en vuestra compañía. Os alabaré delante de los ángeles, vendré á vuestro templo á adoraros, y ensalzaré vuestro nombre por la misericordia y verdad de vuestras promesas.—Tiempo hubo, lo confieso con rubor, en que á semejanza de los hombres ingratos, os dejé solo sin venir siquiera á visitaros; pero de hoy en adelante quiero, no solo visitaros repetidas veces, sino detenerme en estas visitas cuanto pudiere.—¡Oh piadosísimo Salvador mío, haced que os sea fiel.—Antes quede del todo inútil mi diestra, antes quede mi lengua pegada al paladar, antes me vea yo en brazos de la misma muerte, que caiga de nuevo en la monstruosa ingratitud de olvidar este beneficio, esfuerzo supremo de vuestra sabiduría, vuestro poder y vuestro amor.

—*Alabado sea el SSmo. Sacramento del altar.*

—*Por siempre sea alabado.*

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

ACTO DE AMOR.

En ninguna otra obra se manifiesta tanto el amor de Dios á los hombres como en la institución del adorable Sacramento de los altares. Este Sacramento, no solo es Sacramento de amor, sino que es el amor mismo: es aquel mismo Dios, que, por su inmensa caridad para con sus criaturas, se llama, y es en efecto, la misma caridad.

Jesús mío, ¿es posible que, habiendo Vos amado tanto á los hombres, y habiendo Vos obrado tantas finezas para ser amado de ellos, con todo, sean tan pocos los que de verdad os aman?—¡Oh ingratitud espantosa de los hijos de Adán!—Mas ¡ay, Señor, que yo he sido también del número de estos ingratos!—¿Cómo perdí tantos años sin amaros? Años infelices y desgraciados, os detesto.

¡Oh paciencia infinita de mi Dios! te adoro y te alabo, pues tantos años me has sufrido á pesar de lo ingrato y malo que he sido.—Vos me habeis esperado ¿y para qué? Para que, venci-

do un día de vuestras misericordias y excesivo amor, me rindiera todo á Vos.

Pues bien: ya no quiero resistir más.—Manifestad, oh Dios omnipotente, vuestro poder, obrando este prodigio en el mundo, haciendo que un alma tan ingrata como la mía, se transforme en una de las que más fervorosamente os amen.—Atraedme, Jesús mío, con los dulces atractivos de vuestro amor, de tal modo que, enamorado de vuestra bondad no tenga otro deseo que el de agradaros.—Haced, Señor, que de hoy en adelante os ame tanto, que mi amor presente supla de alguna manera la falta de amor que hasta ahora os había tenido.—Arrancad de mí todo afecto que no sea dirigido á vuestro honor, todo deseo que no sea de vuestro agrado, y cualquier pensamiento que no sea para vuestro mayor servicio.

¡Ah Señor! No quiero vivir sino para amaros. ¿De qué me sirve la vida si no la empleo toda en amar á Vos, que empleasteis toda la vuestra en beneficio mío?—Muera yo por Vos, ya que Vos moristeis por mí.

Quien quisiere, procúrese enhorabuena otros bienes, que yo no amo ni deseo otra cosa que vuestro amor, y éste sin interés, sin consolación, sin

otro premio que el de amaros, servir y obedeceros siempre más y más.

Serafines bienaventurados, que rodeais el sagrado tabernáculo, inflamadme vosotros en el sagrado fuego en que ardeis para que ardamos juntamente.—¡Oh María, esperanza mía! ya que todo lo podeis con Dios, alcanzadme un puro y ardiente amor á mi buen Jesús.—En fin, Jesús mío, suplid de vuestra parte lo que me falta, para que llegue á amaros, si nó tanto como Vos mereceis, á lo menos tanto como puede amaros un alma.

—*Alabado sea el SSmo. Sacramento del altar.*

—*Por siempre sea alabado.*

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

ACTO DE PETICIÓN.

¿Qué hace el pobre en presencia de un rico? ¿qué hace el enfermo delante del médico? ¿qué hacen el hambriento ante una opípara mesa y el sediento á la vista de una fuente de agua cristalina?—Pues hé ahí lo que has de ha-

cer, alma mía, en la presencia de Jesús Sacramentado: Él es aquella misteriosa fuente, anunciada por el profeta Zacarías, abierta para la casa de David y para los habitadores de Jerusalen: Él es el Señor de cielos y tierra, rico en misericordia para todos los que le invocan: Él es en este Sacramento el Médico y el remedio de todas nuestras dolencias y aflicciones.—Oye como Jesús clama desde el sagrado tabernáculo: “Si alguno tiene sed, venga á mí y beba: Hijos de los hombres ¿por qué amais la vanidad y buskais la mentira? Venid á mi todos los que teeneis trabajos, y yo os aliviaré.”

Corre, pues, alma mía, á los piés de Jesús: acércate á Él con gran confianza, y á semejanza del Santo Rey David derrama tu corazón en su presencia y descúbrelle, como si las ignorase, tus necesidades, enfermedades y flaquezas: háblale con la confianza con que lo hace un hijo con su padre, un amigo con otro amigo.

Conviene que cada uno se detenga un rato para exponer al Señor sus necesidades y las de sus prójimos. Pida lo 1.º el remedio de sus necesidades espirituales, r. g. la victoria sobre alguna pasión, la extirpación de algún vicio ó defecto, la adquisición de alguna virtud: lo 2.º el re-

medio de sus necesidades temporales, en cuanto convenga para la salvación eterna: lo 3.º el remedio de las necesidades ya sea espirituales, ya temporales de sus prójimos: lo 4.º por las almas del purgatorio: y por último no se olvide de pedir por el R. Pontífice, la Iglesia Católica y conversión de todos los infieles, herejes y pecadores.

—*Alabado sea el SSmo. Sacramento del altar.*

—*Por siempre sea alabado.*

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

ACTO DE DESAGRAVIOS.

¡Quién lo creyera, alma mía! El amorosísimo Jesús, desde esa sagrada Hostia se vé en la triste precisión de decir: “Yo he criado hijos, y ellos me han despreciado; yo les doy en comida y bebida mi mismo cuerpo y mi mismo sangre, y ellos desprecian y conculcan ese alimento celestial: en este mismo lugar de mi amor me veo profanado por ellos. ¡Ah! ¿quién había de pensar, alma mía, que esa grande obra del amor de

Dios humanado había de ser correspondida con tanta vileza é ingratitud? ¿Quién había de pensar que llegaría á ser aborrecida, vilipendiada, ultrajada aun de cristianos?—Póstrate, alma mía, con especial respeto ante el trono de Jesucristo, tribútale nuevos y fervorosos obsequios y desagráviale cuanto puedas de tan viles ultrajes.

¡Oh muy adorable y amantísimo Jesús! ardiendo en nuestro amor, siempre compadecido de nuestras miserias, y siempre ansioso de hacernos participantes de vuestros tesoros y de daros totalmente á nosotros.—¡Oh Jesús, mi salvador y mi Dios! que por el exceso del más ardiente amor, y del más prodigioso de todos los amores, os pusisteis en estado de víctima en la adorable Eucaristía, donde Vos mismo os ofreceis en sacrificio por nosotros un millón de veces cada día. ¿Cuáles serán vuestros sentimientos en este estado, no hallando por todo esto en el corazón de la mayor parte de los hombres sino dureza, olvido, ingratitud y desprecio?—No bastaba ¡oh Salvador mío! haber tomado el más trabajoso medio para salvarnos, pudiendo habernos manifestado un amor excesivo á menos costa? No bastaba el haber sido una vez sola entregado

á aquella triste agonía y mortal desfallecimiento, que os causó el horrible espectáculo de nuestros pecados que quisisteis tomar á vuestra cuenta?—Por qué, pues, quereis exponeros aún todos los días á todas las indignidades y ultrajes de que es capaz la más ingeniosa malicia, de los hombres y aun de los demonios? ¡Ay mi Dios y mi amabilísimo y dulcísimo Redentor! ¿cuáles fueron los sentimientos de vuestro sagrado Corazón á vista de todas estas ingratitudes y de todos estos pecados? y cuál sería aquella amargura, con la que tantos sacrilegios y tantos ultrajes anegaron vuestro divino Corazón?

Herido de un intensísimo sentimiento de todas estas ingratitudes, vedme aquí postrado á vuestros pies, para manifestar, á vista del cielo y de todo el mundo, mi dolor por todas las irreverencias y ultrajes que habeis recibido sobre nuestros altares desde la institución de este adorable Sacramento. Pidoos, con un corazón humilde y deshecho de dolor, una y mil veces perdón de todas estas indignidades.—¡Que no pueda yo, Dios mío, bañar con mis lágrimas, y lavar con mi sangre todos los lugares, en que vuestro sagrado Corazón ha sido tan

horriblemente ultrajado, y recibido vuestro amor con tanto desprecio! ¡que no pueda yo con algún nuevo género de veneración, sumisión y humillación reparar tantos sacrilegios y profanaciones! ¡que no pueda yo por un momento tener todos los corazones de los hombres, para satisfacer, en algún modo con el sacrificio de todos ellos, por el olvido y la insensibilidad de cuantos no os han querido conocer hasta ahora, y de los que, habiéndoos conocido, os han tan poco amado!

May ¡ay Salvador mío! lo que me cubre de confusión y lo que más me obliga á gemir, es que yo mismo he sido del número de estos ingratos. Dios mío, Vos que estáis viendo lo más recóndito de mi corazón, Vos sabéis bien el dolor que yo siento de mis ingratitudes, y el pesar que tengo de veros tan indignamente tratado. Vos sabéis la disposición en que me hallo para sufrir y hacer todo cuanto pudiere para repararlas: vedme aquí, Señor, con el corazón penetrado de dolor, humillado y postrado, pronto para recibir de vuestra mano todo lo que quisierais ejecutar conmigo para desagravio de tantos ultrajes.—Castigadme, Señor, castigadme, que yo bendeciré, y besaré cien veces la mano

que ejecutare sobre mi tan justo castigo. ¡Ah! que no sea yo una víctima proporcionada para satisfacer tantas injurias! ¡que no pueda yo regar y lavar con mis lágrimas, y aun con mi sangre, todos los lugares por donde vuestro sagrado Cuerpo ha sido arrastrado y pisoteado! Muy dichoso sería, si pudiese por medio de todos los tormentos posibles ^{de} desagraviaros de tantos ultrajes, de tantos desprecios y de tantas impiedades. Y pues no merezco esta gracia, aceptad, siquiera, este mi verdadero deseo.—Recibid, oh Padre eterno, esta protestación que os hago en unión de la que el sagrado Corazón de mi dulce Jesús os hizo en el Calvario, y de la que su amabilísima Madre la Virgen María os hizo también á los piés de su Hijo crucificado; y á vista de lo que os rogó su sagrado Corazón, os ruego también, yo que me perdonéis las irreverencias que he cometido, y que hagáis eficaz, con vuestra gracia, la voluntad que tengo y la resolución que he tomado de nada dejar de hacer, en adelante, para amar ardentemente, y para honrar por todos los medios posibles á mi Soberano, á mi Salvador y á mi Juez, á quien yo creo realmente presente en la adorable Eucaristía; espero dar bien á conocer esta mi cierta

y viva fé con el respeto con que he de estar en su presencia, y por la constante frecuencia que he de tener en visitarle; y así como hago profesión de honrar singularmente su sagrado Corazón, así también es este mismo Corazón en donde solo deseo pasar todo el resto de mi vida. Concededme, Señor, esta gracia que os pido, y la de dar en este mismo Corazón el último suspiro en la hora de mi muerte. Amen.

—*Alabado sea el SSmo. Sacramento del altar.*

—*Por siempre sea alabado.*

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

COMUNIÓN ESPIRITUAL.

¡Soberano Señor sacramentado! yo creo firmemente que lleno de majestad y grandeza, tan alto y tan poderoso como en el cielo, lo mismo estais en esa Hostia santa; vos, Jesús dulcísimo, el mismo que allá en los cielos estais sentado á la diestra del Padre, y que en otro tiempo os dignasteis habitar entre nuestros antepasados, lleno de gracia y verdad.

Mas ¡ay de mí! ¿y quién soy yo mas que vilísima criatura, yo basura, polvo, ceniza, nada, y aun más vil que la misma nada, para que me atreva ni siquiera á parecer ante vuestra divina Majestad? Pero yo sé que Vos teneis vuestras delicias, Dios mio, no solo en morar entre nosotros, sino también en hospedaros en nuestro, aunque tan pobre, corazón. Veisme pues aquí, Jesús mio, que animado de vuestra bondad, verdaderamente grande, ya que no me es facil acercarme á esa sagrada mesa á comer ese divino pan, me atrevo á lo menos á suspirar por él. Dignaos Vos, amor mio, acoger benigno los suspiros de mi anhelante corazón.

Sí, ¡Jesús dulcísimo! ¡Jesús amantísimo! ¡bondadosísimo Jesús; tan vivamente enamorado de vuestras criaturas! oid los gemidos de mi corazón, y dignaos venir á él. ¡Ah! venid, Señor, á mí, aunque tan pobre, corazón. Venid á él, morad en él, descansad en él. Mi alma, bien mio, suspira por Vos, anhela por Vos, desfallece y se muere por Vos. Uníos, pues, á ella ¡oh Esposo dulcísimo de las almas! uníos ahora á mi pobre alma, que desea vivir eternamente unida á Vos.

• ¡Oh si yo supiese amaros como debo,

vida mía!... ¡Oh si yo no anhelase ni suspirase sino por Vos, centro mío!... ¡Oh si yo no respirase ni viviese sino por Vos, aliento mío!... ¡Oh si mi corazón no estuviese pegado sino á Vos, tesoro mío y única riqueza mía!... Dulcísimo amor mío, ¡oh si yo tuviese la dicha de morir aquí mismo de amor á Vos!... ¡Ah! sea absorbido todo mi amor.

Señor mío y Dios mío, por la ardiente y meliflua fuerza de vuestro amor: dulcísimo Jesús mío, que muera yo por amor de vuestro amor, ya que Vos os dignasteis morir por amor de mi amor. Desde ese tabernáculo santo venid, amor mío siempre dulcísimo, y con esa divina llama de amor inflamada y consumida del todo mi corazón. ¡Ah! yo os abrazo ¡oh Esposo amantísimo de las almas! yo os abrazo como si realmente os hubiese recibido en mi interior. No permitiré, Jesús amantísimo, que os separeis jamás de mí, ó á lo menos no os dejaré ir sin que me deis antes vuestra bendición. Gracias infinitas os den todas las criaturas ¡oh Dios de bondad! por la dignación inefable con que os dignasteis favorecer á la más miserable de todas ellas: que os alaben y bendigan todas, y celebren incesantemente vuestras misericordias, ¡oh Padre de las mise-